

Fragmento de *El héroe de las mil partidas. Los videojuegos a juicio*.

Al contrario que Odiseo, Sísifo representa no el cierre del entorno virtual, sino la abertura irracional de la existencia real. Sísifo representa el espíritu del hombre que afronta el devenir como debe ser: desafiando a los dioses que todo lo quieren en orden y riéndose de dicho orden. Zafando patrones y buscando hendiduras, aprovecha las rendijas para soplar vitalidad y audacia, aunque esta remonte en fracaso. Recuerda su ánimo al de Morfeo en la película *Matrix* cuando discurría acerca de por qué vencerían a las máquinas y concluía que sería porque ellas se sujetan a reglas, más los humanos ven su abertura. En Star Trek no podemos dejar de recordar la prueba a la que sometían a los nuevos capitanes que era imposible de resolver, una situación de batalla imposible de solventar en las reglas planteadas por la simulación. Humano, demasiado humano, el capitán James T. Kirk salió de la cerrazón del algoritmo y torpedeó el código de la simulación para dejar una rendija a su victoria. No había abertura desde dentro, así que la creó desde fuera. Sísifo, por su parte, no es que se saliese afuera de su orden para burlar a Tánatos primero y a Hades después, sino que encontró los errores en el código. El mito lo castigó por osar tamaña desfachatez —descubrió que la existencia es infinita— y nos quiso mostrar su castigo, un castigo histérico y desproporcionado. No fue únicamente la arrogancia la infracción de Sísifo, sino su descubrimiento: no hay dioses, son un fraude. Así que su condena cae en la desmesura por la histeria de un rey desnudo. No obstante, incluso en el castigo asoma la falla: condenado a *subir, para luego bajar por pendientes imposibles*, Sísifo no cesa en su empeño y padeciendo su suplicio se vuelve una metáfora de la vida. ¿Por qué no parar?

Siempre me lo he preguntado. Él es astuto, tanto como Odiseo, aunque no tan obediente. Sabe que nunca lo logrará. ¡No se lo puede *pasar*! ¿Por qué no simplemente sentarse? ¿Acaso no dicen los dioses que no hay peor castigo? Incluso allí, sufriendo su pena, Sísifo nos da una lección al gritar en silencio «*mi cruz es de piedra y miro al precipicio... Seguiré hasta el final, seguiré hasta el día del Juicio*». Sísifo no juega a videojuegos, simplemente vive. Eso es la vida, una ascensión que *no se puede pasar*. No hay manera de *pasarse* la vida. En cada ascensión, Sísifo se vuelve un poco más sabio. A cada paso conoce mejor su cuerpo. A cada retroceso delimita mejor el sendero. A cada aliento saborea el silencio y en él piensa, no deja de pensar. Se da tiempo. Construye una vida en el ascenso, ¡y ese es su descubrimiento! Llegar es el fin, pero él ya no es euclidiano. Imbéciles, los dioses no se dan cuenta de que, si la piedra quedase en un imposible equilibrio arriba en la cima, Sísifo orillaría en decepción: perdería todo lo construido. Insistir es la manera en que Sísifo tima a los dioses. Así siente. Así padece. Al sufrir la ascensión disfruta la llegada que inmediatamente vuelca en descenso que da comienzo al nuevo ascenso. Aprende a caer. Aprende a fracasar. Aprende a valorar cada ascensión. Aprende a modular sus esperanzas. Aprende a templar sus desgracias. ¿No es esto mismo el vivir? Sísifo no se sienta y cesa en su empeño por las mismas razones por las que no nos sentamos nosotros... ¡Porque es absurdo! Lo racional sería el suicidio, pero no somos racionales. Los dioses no lo entienden. Quieren acabar con nosotros por mero silogismo y se preguntan «¿chicos, por qué no lo dejáis?». Contestamos: porque hemos llegado a la frontera de la lógica. No, no todo son cierres y patrones. Demostramos que estamos vivos y que afirmamos nuestra vida en su plenitud poética. Seguir vivos es de por sí

ridículo: un reto y una poesía. Es el desaire final a los dioses de la razón. Sísifo merece toda nuestra admiración no porque venza como Odiseo, sino precisamente porque sabiendo que no puede vencer, fracasando una y otra vez, sigue luchando por encontrar un gramo de verdad que le dé la salvación. Salvación que no consiste en una vida eterna, sino en un cobijo donde resguardar aquello de lo que estar orgulloso: la lucha misma, la forja de un carácter aguerrido, autónomo, valiente del que poder gritar orgulloso su propia forma. Sin hacer ruido, sin avisar, sin dar noticia de su virtud, vuelve a escalar guardando su nuevo descubrimiento. Ascendiendo, como decía María Zambrano, logra un refugio en el que compartir su soledad. Ciertamente, Sísifo persiste porque es absurdo hacerlo, porque bailando ese absurdo brilla más que cualquier dios que ha llegado y se vanagloria de su llegada. Muta en un dios en sí mismo, diríamos que en un dador de sentido. Sísifo sabe que no sabe, y esta es la verdad más profunda: sigue vivo. Y sonrío. Aprendamos algo de él. Quizá pensemos que en el paladar de nuestra vida se alza un significado profundo esperando por nosotros, pero entonces la sonrisa se nos torna en mueca cáustica y es Odiseo quien vence una vez más. En realidad, a cada instante empujamos la piedra arriba del monte del Hades para verla rodar de nuevo al fondo del valle. Así es la vida, pero no los videojuegos.